



## CAPÍTULO DÉCIMO-TERCERO

El Mundo europeo y la República francesa

os dejamos con suma tristeza esas alturas de la poesía, donde respira mejor el espíritu, para caer en estos abismos de la política, donde rugen la revolución y la guerra. Lo ideal es el arte; lo real es el Estado. Parece que no debían existir grandes conexiones entre una idealidad, tan celeste, como el arte y una realidad, tan oscura, como el Estado. Sin embargo, existen. Si hemos en este instante clásico de la muerte del Rey entrevisto la poesía, cuyos sonidos iban apareciéndose para el futuro siglo; hémoslo hecho con ánimo de mostrar cómo la revolución, violentísima de suyo, cómo los sacudimientos epilépticos de una sociedad en delirio, cómo la fiebre sibilina de un parlamento erigido en dictador, cómo los arrebatos extremos de un pueblo en desorden hacia estremecer con sus sacudimientos hasta las cumbres del arte y entraban, por una irrupción increíble, hasta en el Olimpo de los dioses. Tócanos ahora examinar las consecuencias del suplicio de Luis XVI. Las cosas no están en este mundo hechas cuando se acaban de hacer. El efecto producido por los cautiverios, por los tormentos, por los suplicios, por la muerte de Luis XVI, debía comenzar poco á poco, gradualmente, pero extendiéndose hasta nuestros días y pensando con gravedad incontrastable sobre nuestras cabezas. Por de pronto, la índole y las relaciones de los partidos franceses reunidos en la Convención, cambiaba radicalmente; perdidas aquellas aproximaciones que les procuraba el odio común á la monarquía; y trasladándose desde a izquierda tradicional unos á la derecha, y otros á la izquierda extrema. Los girondinos,

como los montañeses, pertenecieron á la oposición durante todo el tiempo de la monarquía y del reinado de la anterior asamblea; pero, consumado el sacrificio contra la voluntad de los unos y por imposición ó tiranía de los otros, las divisiones naturales se presentaban por su propia virtud, con una fuerza y una lógica incomparables, á dividir la Convención en dos porciones irreconciliables, entregadas á la furia y á la guerra inextinguibles, en la porción girondina y la porción montañesa. Nadie detiene la inmanencia del tiempo. Aunque le hayamos opuesto, mejor dicho, aunque lo hayamos completado con la idea de eternidad, el tiempo fluye y fluye, arrastrándonos á todos en su corriente, desde los átomos hasta los espíritus, desde las sociedades hasta los astros. Las generaciones por el tiempo se generan; la evolución universal sólo por el tiempo se comprende y explica. Ella ha ido aglomerando con su ímpetu en series sucesivas, desde las partículas más materiales que se aglomeran bajo vuestros pies hasta las ideas más abstrusas que brillan como rayos solares del espíritu en vuestra casi divina conciencia. La monarquía contaba con una fuerza inmensa, con la fuerza del tiempo, ese ministro de Dios; y su perduración le daba, muerta, las apariencias de viva. En un día, en una hora, por un decreto, podéis cambiar las instituciones y las leyes; pero, ni en muchos días, ni en muchísimas horas, ni con mil decretos podéis cambiar las costumbres y las creencias. Cuán frágiles todas cuantas instituciones carecen del arraigo que les prestan las creencias y las costumbres. A flor de tierra plantadas, el calor más mínimo las abrasa, el aire más leve las desarraiga, la muerte las avecina con tal vecindad, que pronto languidecen y acaban, bien al revés de esos grandes cedros del Líbano, como las instituciones seculares, cuyas raíces penetran en las entrañas del monte, absorbiendo por sus bombillas la humedad interior y bebiéndose la vida virgen de tantas y tantas breñas, de tantas y tantas moles, por lo cual resistirán al tiempo, al rayo, al huracán, al terremoto, á la muerte, alcanzando con sus longevidades una majestad tan alta, que los crearán las gentes sembrados por la mano de Dios en el espacio con los primeros gérmenes de la creación universal. Mucho, muchísimo trabajo debía costar á la República transformar las creencias y las costumbres populares en que arraigaba la monarquía. Y lo peor del caso estaba en que, siendo la República gobierno del pueblo, derecho del pueblo, régimen popular, sociedad de todos y para todos; aquellos, á cuyo favor se fundaba, eran los más tardíos en comprenderla, porque todos los penates de la Historia, heridos por el progreso, hasta muertos y soterrados, han tenido una verdadera supervivencia en el corazón de las muchedumbres.

Así, nada tan lógico y natural como que creyeran los pueblos próxima la reaparición del Monarca y el restablecimiento de la monarquía, pues ni ellos mismos acertaban á darse cuenta de que vivían en una república, la cual tomaban muchos como cambio excesivo y radical, mientras otros, sus más ardientes partidarios quizá, muy doloridos por los desencantos que trae consigo aparejada toda realización de lo ideal, creían la república una cosa

baladí; una continuación de los antiguos privilegios y de los antiguos abusos. Así, la infeliz nueva institución, institución de justicia estricta, forma natural del derecho humano, subtrato de todos los progresos pasados y motor de todos los progresos futuros, exacerbaba con su triunfo los odios de sus enemigos y no satisfacía las esperanzas de sus devotos. El Rey preso, cautivo, procesado, expuesto en la tribuna del Parlamento á todos los agravios, guillotinado, volvía, como el Convidado de Piedra, y turbaba con sus regresos continuos los festines del triunfo. Un pálido muchacho recluso en el Temple; unas pobres mujeres sin más auxilio que la misericordia de Dios; unos emigrados perdidos hasta en el concepto de aquellos á quienes servían; unos caballeros del puñal dispersos y errantes como tribu maldita; unos aristócratas sin privilegios y sin haciendas; unos sacerdotes para quienes volvían los tiempos de las Catacumbas, asustaban tanto á los vencedores, que creíanlos capaces de reforjar la corona, derretida en los ardientes hornos de la revolución francesa. El pánico llegó a extremos increíbles. Los convencionales se asustaban de sí mismos, y se creían unos á otros fautores del restablecimiento externo de la Monarquía, sin duda, porque aun la llevaban todos en sus internas entrañas. No se levantaba un girondino en la Cámara que no acusase á los montañeses de monárquicos; y no se levantaba un montañés que no acusase á los girondinos de realistas. Unos y otros estaban por la República; unos y otros la aprendieron desde sus primeros años y la predicaron toda su vida; unos y otros arrancaron la forma vieja social del suelo francés con esfuerzos verdaderamente milagrosos y sobrehumanos; unos y otros combatieron al Rey, no sólo desde la tribuna erigida por la Revolución, desde los ministerios que el Rey mismo les había dado; unos y otros condujeron la persona real hasta las gradas del patíbulo y lo entregaron al verdugo; sin embargo, unos y otros, después de haber preso á Luis en el propio palacio parlamentario, después de haberle recluso en el Temple, después de procesarle, después de conducirlo al patíbulo y del patíbulo al cementerio, donde calcinaron hasta sus huesos para no dejar del Rey ni reliquias, creían en su vuelta, ó, mejor, dicho, en la vuelta de sus herederos y sucesores, según la cuenta de su terror, demostrativa de no haber hecho nada con haber inmolado en holocausto aquel pobre hombre, porque las costumbres y las creencias les daban á él y á los suyos una fuerza, inasequible para la República sino tras mucho tiempo de dominación y de vida. No hay pueblo ni leyenda de Reyes reaparecidos. El alemán ree que Federico Barbarroja está en lo alto de una montaña durmiendo tranquilo, con su casco á la cabeza y al costado su espada, pronto á despertarse cuando lo necesite y lo llame la defensa de su Germania; los rusos creen que Juan el Terrible todavía no ha muerto; los portugueses aguardan aún al Rey don Sebastián, consumido en el siglo décimo-sexto por los ardores del desierto y enterrado bajo los Arenales del Africa. ¿Qué mucho, pues, si los franceses, sobre todo los republicanos franceses, creían Luis XVI pronto á volver, cuando aun quedaban sus lises heráldicas en los blasones nacionales y su espíritu

dinástico en la nacional historia y su culto fervoroso en las muchedumbres campesinas y su existencia misma en los hábitos generales de aquel pueblo esencialmente unitario y monárquico? Con mucha razón decía mi amigo el gran filósofo Edgardo Quinet: «sucediales á los franceses entonces aquello que suele suceder á un hombre de quien han cercenado y amputado un miembro; lo siente como si aún lo tuviera unido á su cuerpo.» Francia sentía en todo la realeza, aun después de haberla extirpado.

Así nacieron miles de fantasmas que turbaron la victoria. Nadie había soñado con desmembrar á Francia, y surgió el partido de la desmembración, no en la realidad viva, donde jamás existiera, en las sospechas y recelos de sus contrarios, los cuales llegaron á darle una existencia tan real, como si hubiera sido. Y este funestísimo empeño en atribuir á los mejores y más leales republicanos el proyecto de una desmembración patria, con que nunca soñaran, provenía del vacío, que en la unidad nacional dejara el principio monárquico. Acostumbrados todos á ver en el Rey la clave del Estado, imaginaban á éste perdido y roto y deshecho y desmembrado, desde la hora en que la Monarquía desapareciera, y cargaban sobre los enemigos sus propios recelos, y daban cuerpo así á sus propias aprensiones. Sin embargo, aquél, á quien creían principio de unidad, tuvo, magüer la prepotencia dada por Luis XVI á la corona sobre los fraccionamientos feudales y municipales, la Francia en perpetua desmembración, tolerando legislaciones particulares, fueros históricos, soberanías varias, jurisdicciones tanto militares como eclesiásticas usurpadoras de la jurisdicción una y nacional, pugnando para que no entraran en el organismo y en el cuerpo de Francia, territorios tan bellos y tan útiles como el mismo Aviñón, guardado por los reyes para los papas; mientras los tachados de desmembradores, los pobres girondinos, habían proclamado la unidad humana proclamando los derechos del hombre; habían proclamado la unidad francesa, proclamando la soberanía nacional; habían juntado todas las clases en el principio de igualdad esencialmente unitario; habían reunido todos los franceses en fiestas legendarias como las fiestas de aquella federación en el campo de Marte que aun esplende brillantísima en la historia y aun regocija con su recuerdo los corazones liberales; habían por último fundado la República una é indivisible, ó sea, en resumen, la forma de gobierno que más nación hace, si es permitido hablar así, á una verdadera nación, sobre todo, cuando esta verdadera nación se ha encontrado, como Francia, largo tiempo bajo el yugo de una monarquía despótica. Por manera que los errores del elemento vencedor no tuvieron medida, ni número, á causa de la fuerza que prestaba en sus aprensiones al elemento vencido y de la debilidad irremediable sentida y experimentada dentro de sí mismo. Por manera que, al irse un principio de desmembración como la monarquía, el cual, á pesar de sus invasiones en todos los organismos medioevales, aun guardaba so la sombra de su mentida unidad los restos fragmentarios de la Edad Media, creíanlo aquellos mismos que lo desarraigaran elemento verdadero de unidad, é imputa-

ban la desmembración posible de la Francia republicana, presa de tantos dolores, á los que habían fundado, como fundaron los girondinos, la unidad nacional, la unidad francesa. Insisto en tal resultado inmediato de la muerte del Rey porque ahí está la raíz del cáncer que devoró la República. Unitaria, más que unitaria ciertamente, dictatorial y aun tirana la Convención, sirvió, como ninguna entre las instituciones humanas sirviera jamás, á la unidad interior y orgánica de un pueblo; pero la sirvió desgarrándose las propias entrañas, dividiéndose por su mal en partidos irreconciliables y llegando desvariada por su inconsciencia del propio triunfo y por su miedo al rey vencido, hasta el gravísimo extremo de un increíble suicidio. Ellos, las convencionales, se persiguieron como fieras; se calumniaron sin piedad unos á otros, cual nunca supieron calumniar á los reyes mismos; se deshonraron ante la conciencia humana y ante la historia universal, eligiendo como arbitrio supremo de sus discordias el verdugo y como resolución de todos los problemas la guillotina. Tamaño fenómeno social, es decir, el culto que las instituciones muertas, cuando han vivido y han arraigado mucho, alcanzan en sus propios extirpadores, préstase á profunda meditación, sobre todo, cuando se trata de aquellos pueblos, quienes, á la manera del pueblo español, se hallan de tránsito desde los senos de una monarquía tradicional y secular á los senos de una República no bien limitada y concreta.

Los dos partidos, izquierda y derecha de la Convención, se daban en rostro con sus sendas amistades, y de los nombres por cada cual de ellas preferido aguzaban mortíferas armas para perseguirse y aniquilarse mutuamente sobre las arenas del debate, como los antiguos gladiadores sobre las arenas del circo. Los montañeses acusaban á los girondinos de traidores, por las íntimas amistades de éstos con Dumouriez; los girondinos acusaban á los montañeses de traidores, por las íntimas amistades de éstos con Orleans. Nadie puede negar á tamañas amistades el carácter intrínseco de peligrosas, sobre todo, en aquellas extraordinarias circunstancias, donde la naturaleza parecía excederse á sí misma, y crear, como los períodos volcánicos en el planeta, innumerables monstruosidades. Cuando se pasa de un régimen secular y viejo á un régimen reciente y niño, no se pueden desechar todos los factores legados á una edad, por las edades precedentes. Ciertamente, muy cierto que Dumouriez adolecía de una educación realista; que sus años mejores pasaron en las Cortes de los Reyes absolutos entre maniobras, las cuales se parecían mucho á intrigas, y entre oficios los cuales se parecían mucho al ministerio vil de los esbirros y de los policiacos; que no profesaba ninguna idea política en este mundo con verdadera fe, ni quería estadista ninguno á su lado, si no lo aprovechaba para su medra y su engrandecimiento; que penetró en la revolución cual un antiguo condotiero italiano, poniendo su genio militar y su espada flameante como en subasta, y prometiéndolos á quien mejor se los pagase; pero con esto y con todo, su grandeza militar organizó uno de los ejércitos más brillantes y más vencedores habidos en Francia; ganó, entre los acordes sublimes de la Marsellesa, el triunfo in-

marcesible de Valmy; sacó de un caos, como aquel compuesto por las inscripciones militares voluntarias, y de unos demagogos, como aquellos expedidos por la demencia de los clubs, un ejército disciplinado, capaz de poner en fuga y vencimiento á los primeros ejércitos de Europa; izó la bandera tricolor en los muros de Jemmapes, forzando la puerta de las fronteras francesas y entrando victorioso en el europeo nordeste; conquistó á Bélgica y amenazó á Holanda, titánicos esfuerzos, á cuya virtud pudo salvarse la democracia y establecerse la república. No tenía tantos títulos el amigo de los montañeses, ni tan recientes cual presentaba el primer gran general de la revolución; pero los tenía, porque sin él quizá la revolución jamás hubiese andado lo que anduvo. Suprimió la conjura orleanista clavada en el corazón de la corte; los salones del palacio real donde las clases nobles adquirían los principios nuevos, el influjo soberano de tantos folletos y artículos como pululaban por todas partes, impresos en las imprentas orleanistas, difundiendo el fluido revolucionario; las protestas del orleanismo en los Congresos de Notables; su decisivo influjo en la primera Cámara Constituyente; sus relaciones con todos los potentados de aquella Europa realista; y decidme si, cualesquiera que fuesen los móviles de tal proceder, móviles reprobables sin duda, por interesados y por egoístas y por ambiciosos, quienes recogían la cosecha de tal siembra, no estaban autorizados á convertir la prosapia, la sangre, la condición regia, las tradiciones de aquel hombre malvado, en ciego instrumento de ira y de odio, instrumento exterminador, contra sus enemigos en la democracia y en la libertad. Aquí hay que ni Dumouriez, ni Orleans valían cosa moralmente; y los que no valen cosa moralmente se hallan por sí propios condenados al ludibrio de la conciencia humana y al anatema de todas las generaciones. Pero los clubs se componían de antiguos realistas; en los partidos republicanos entraban patricios y nobles de abolengo; la nobleza relampagueó en el Sinaí de la Constituyente cuando se declararon los derechos del hombre; por curas ortodoxos estaban compuestas las iglesias juramentadas; por desertores de la vieja monarquía los pueblos más incendiarios de la nueva democracia, un Lafayette había sido el predecesor de la revolución, siquier se detuviera en la mitad misma del camino; un barón de Condorcet había formulado la tabla de los progresos humanos y la doctrina de los institutos revolucionarios; hasta el primero entre los mártires de la república inmolado en los comedores del palacio real, Le Pelletier, pertenecía de abolengo al patriciado; sin que tales dobles vidas, cuya mitad riñe con la otra mitad, puedan evitarse cuando los pueblos pasan de una línea del tiempo á otra línea del tiempo, pues las edades y las generaciones, como unas á otras se suceden, unas á otras se siguen y se imitan.

El error de la Convención estuvo en sus divisiones internas, como su grandeza estuvo en la externa unidad. Nadie caerá en la tentación de presentar un régimen, como este régimen de los convencionales, cual una enseñanza y ejemplo aprovechable á todos los pueblos en todas las ocasiones. Tan grande condensación de sangre social en la cabeza